



Photo by Steve Johnson on Unsplash

P.

POESÍA

JOSÉ
GÜICH RODRÍGUEZ

Poemas cinematógicos

LA CORRECCIÓN DE BLAINE

Aun cuando ese avión en miniatura parta hacia Lisboa
y nunca más carreteará sobre la pista de un aeropuerto falso
—como lo es cualquier maniquí en un escaparate
de Sunset Boulevard—,
el señor Richard Blaine pensará en lo correcto:
¿Que Ilsa y su marido fúnebre
subieran al aeroplano para continuar la Resistencia?
¿Que él mismo insista en liarse
con bestias de utilería
y esvásticas fabricadas en serie
por las costureras de la Warner Brothers?

La plena corrección demanda que se aleje del oficial de Vichy,
camine a la ciudad fantasma,
y llegue a donde todos quieren ir, al Café de Rick,
que un marroquí comprará
guiado por su promiscua voracidad.

Blaine sabe que lo correcto es embriagarse,
hasta el último glóbulo rojo;
abandonarse a la luz memoriosa de París,
dejar que ingrese por las ventanas de las buhardillas,
y bañe los cuerpos de las muchachas,
quienes yacerán, lánguidas, luego de confundir
el estruendo de los cañones con el latido del corazón.

SEQUÍA

Existen sequías que duran diez millones de años
y otras, lo que un hilo de sangre tarda en descender
sobre la faz de una estatua.

Guido Anselmi es víctima de una parálisis,
mal que erosiona células, árboles, puestas de sol
y una playa olvidada de Sicilia donde las algas se acumulan
a la manera de montañas.

Nada harán por él musas, actrices, amantes
o productores feroces;
en medio del humo y dientes de hiena, lo acosarán:
¿qué sigue ahora?
¿para cuándo tu próxima obra maestra, Guido?

Ni procesiones y comparsas
o infantes que dirijan orquestas lunáticas;
todos maldicen el rumor de los pasajeros
que se asfixian, dentro de un autobús romano:
las manos luchan por traspasar las ventanillas,
peces a punto de agotar sus bocanadas.

EL VIAJE DE BORG

El doctor Borg emprende viaje a Lund,
para recibir tributo a una vida de logros
en la Medicina.

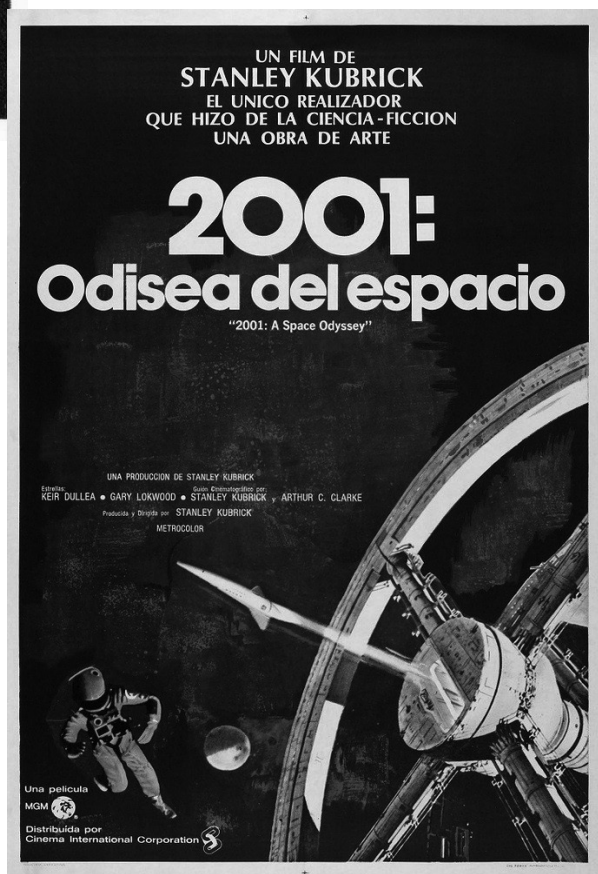
Lo acompaña,
su hija política —o lo que de ella queda—.

A él le resulta indiferente quién permanezca a su lado,
porque está vacío,
imitando a especies ávidas de morar
a distancia de sus congéneres.

Mientras el auto se desplaza por una carretera perfecta
—así deben ser todos los caminos de Suecia—,
el viejo no hace caso a los odios
de la nuera implacable:
“sembraste solo desamor”.

Borg vuelve a aquel sueño:
la calle inclinada,
el reloj sin agujas
el carruaje tirado por un caballo negro,
el ataúd.

Asoma la variante:
Borg sube y se apodera del féretro:
este alberga fresas de estación recogidas en su infancia.
Lo carga sobre el hombro,
sin saber qué dirección tomará ante las encrucijadas.



CONVERSIÓN

¿Quién conoce la fecha de su muerte?
Los animales, a lo sumo, se aíslan de la jauría
y así concluyen tamaña farsa.

Pero tú, David Bowman, astronauta devoto del orden,
—cuelgas el traje y guardas el casco en un armario—,
superas con largueza a cualquier entidad
que repté, vuele o nade
en cielos e infiernos de toda índole.

La selva es una habitación Versalles,
donde bien supiste vegetar.

Ahora estás listo:
tu intelecto sondea el bloque de piedra;
elevas un índice,
pues algún sentido tendrá ese armatoste ridículo.

Descorazonado y pequeño Bowman:
no se abre ningún pasaje,
ni retornas a tu nave "Discovery" para castigar a HAL,
parricida sin rostro.

Hallas a unos primates taladrados por el hambre,
garrapatas y piojos;
tú has sido solo un fantasma lampiño
que aparece antes del amanecer
y vaga por el paisaje.

INVIERNO

Dos ancianos de Tokio,
circa 1953,
miran hacia el Poniente;
la historia los atravesó:
un tren que corre enloquecido
con destino a ninguna parte,
sin estaciones de salida o llegada.

Palabras y murmuraciones
son innecesarias,
porque esa larga vida en común
dejó su pátina semejante al color de los huesos
que se abandonan en un bosque,
entre hojas secas y musgo.

Pronto llegarán los primeros aleteos del invierno:
ese no perdona...
Y las llamadas apremiantes de los hijos.

MODOS PROFESIONALES

Tantas labores
y ni un momento para el reposo;
cruel ironía, pues hace años
que la campanilla permanece en silencio:
un tumor de la madera.

Nadie escribe su nombre
de vendedor de aspiradoras
en un libro socavado por las polillas;
“el registro, Norman,
de este lugar y sus actividades”.

Olfateabas el aire cuando una pareja
se revolvía en su mar de contradicciones;
modos de profesional... *el Motel Bates a su servicio:*
sonrisas de cómplice, *bienvenidos,*
toallas, agua caliente.

Subir al ático... ¿o bajar al sótano?;
un experto del gremio conoce la diferencia;
todo está programado: visitarla,
preguntar si se siente cómoda,
mirar sus hermosas cuencas,
—lo has hecho por una eternidad—.
“¿Cómo amaneciste, madre?”
Ella sonreirá... —es lo que mejor sabe: sonreírte—;
besarás su cráneo y su peluca...
la acariciarás una y otra vez.

Las cuencas volverán a poseer ojos;
los huesos, músculos y tendones;
y sobre los tejidos habrá una piel lozana;
escucharás, tan lejos y tan cerca,
el sonido de una cortina,
la ducha, gritos,
cortes de ley.

PERDIDOS EN ROMA

¿Cuántas calles alberga Roma?
Lo ignoramos y poco importa.
Ciudad de ciudades, acumulación y acumulación,
urbe que ya perdió todo,
excepto ser una ruina de sí misma.

Han pasado solo tres años
y la guerra aún escupe flemas
en cada callejón y plaza,
o en los ladrillos descascarados,
con restos de carteles
y muros en trizas:
permiten ver las entrañas de los monstruos.

Este mapa carece de norte fijo;
coordinada tras coordinada,
oculta una bicicleta,
artefacto creado por la especie dominante
gracias a su inteligencia —eso asumimos—.

Un hombre y su hijo, pobres de solemnidad,
la persiguen sin descanso;
ahora, compadecidos el uno del otro,
nutren su premonición.

Se pierden para siempre,
en la red de arterias y vasos sanguíneos;
intuyen, llorosos, una verdad:
la historia decidió olvidar ese vehículo:
jamás existirá.

EL NUEVO ORDEN (1918)

Nos han llenado las alforjas de discursos,
 arengas, mensajes, ideales, deseos,
 un nuevo orden mundial;
 cuestiones sobre la hermandad entre todos los seres, sin diferencias,
 y el resto de provisiones morales

Con franqueza, para un teniente francés
 de baja cuna, —llamado Maréchal:
 ese soy yo—,
 ¿qué valor tienen esas palabras?
 Los alemanes ya bajaron sus armas
 y se encogen de hombros.

Lo digo no por falta de convicción,
 o porque Suiza sea neutral...
*“o en quinientos años de democracia
 los helvéticos
 solo fueran capaces de darle al mundo
 el reloj cucú”.*

En realidad mi protesta
 se refiere a que ahora soy libre, sí,
 pero me hundo poco a poco en esta nieve,
 donde el último recuerdo
 es el olor de una cocina y el de esa mujer,
 quien me cobijó en su lecho, sin formular preguntas.

Convivimos unos días,
 antes de decidir que había otras fronteras,
 más allá de su torso desnudo.
 Evocaba
 —lo pensé al besar como loco aquellos senos—
 a un campo cubierto por esta nieve
 que hoy me devora.

LA DIVINA PROVIDENCIA

"Tú serás el ángel", dijo el viejo de avanzada calva,
acento de Aragón,
un puro en la boca
y ojos a punto de salirse de órbitas.
Apenas hubo tiempo:
qué debías hacer, cuál era tu papel en esa trama.

El viejo se detuvo un instante, regresó,
pensó unos segundos;
luego, bendijo tu oído
con unas sentencias extrañas.

Prosiguió la distribución de roles en aquel caos...
qué gracia tiene eso de estamparte
sobre una puerta de armario,
mientras la acción está ahí,
en la lujosa sala de una residencia —Polanco, México DF, A.D. 1962—.

Eres testigo del refinado salvajismo de los burgueses:
se desvisten para dormir sobre las alfombras y sofás del anfitrión
cincuenta, cien, quinientas veces...
y riñen,
con delicadeza de arrieros,
por agua, comida y sexo;
sacrifican unos corderillos;
no pueden salir de ese amasijo:
zapatos de mujer, ladrillos, calcetines, manos cercenadas
y el hedor de cuerpos
que hasta un ángel sin armas como tú percibe con asco y placer.

Ignoras si aquellos miembros de la sociedad
abandonarán su encierro;
han colocado una prenda sobre ti;
el olor flagela tu olfato —eso sí—,
a pesar de que ya es imposible ver el montaje.

“Soy el ángel...soy el ángel”,
repites, como ese labrador
—uno de tantos locos—;
el que un día se plantó una corona en la testa,
cabalgó, proclamó: *“Soy el Mesías”,*
y a las dos semanas fue devorado por los perros y buitres.

¿Se habrán ido ya? ¿Te han dejado solo?
¿Alguien vendrá a quitarte el trapo
húmedo de estiércol y orines?
Soy un ángel... esa es tu parte en el asunto,
y sumarás a las líneas, muy serio,
las frases del viejo.

Parecían una humorada al principio:
“serás un ángel ateo,
por la gracia de Dios”.

XANADU

En los planes de un hombre criado por los bancos
permanece ausente un monasterio de lamas, en el Tíbet,
refugio de almas místicas:
ellas piden a gritos un estado de conciencia.

Ni por asomo figura en sus visiones una olvidable película de tantos
años después,
con un bailarín en decadencia que patina,
a quien en sus mejores días le gustaba cantar bajo la lluvia,
y treparse a los postes como simio en celo.

El hombre, envejecido, obeso,
discípulo del *time is money*, del *do it yourself*,
inventó su palacio para derrochar otras miserias, con grandilocuencia.

Pero sobre todo...

William Orson- Hearst

Charles Foster-Welles

Orson Randolph Kane

Kublai Khan de América

erigieron ese Xanadu

para concentrar en un solo punto del espacio-tiempo

todas las obras de arte, restos de edificios, animales de cada especie...

Aunque las lenguas de periodistas faranduleras
—parásitos entre parásitos—
decían, *sotto voce*,
que en realidad dibujaron ese lugar
con el objetivo de que el *landlord* se viera reflejado hasta el infinito
sobre dos espejos ubicados frente a frente,
en uno de los pasillos del palacio,
inconcluso por naturaleza.